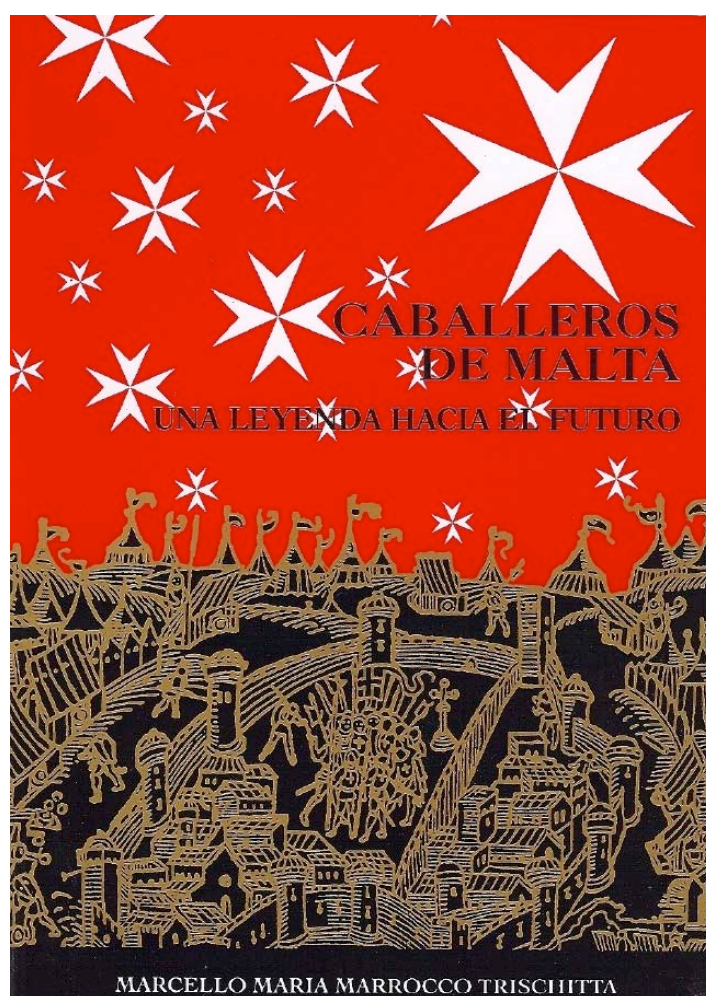


Caballeros de Malta

Una Leyenda hacia el futuro

por Marcello Maria Marrocco Trischitta

Traducción castellana de Alfredo Luna Tobar Embajador del Ecuador
ante la Orden de Malta



Publicado por la Asociación de Caballeros Italiana
de la Soberana Militar Orden de Malta
Casa de Rodas - Piazza del Grillo, 1 - 00184 Roma, Italia
Impreso en Roma por Marchesi Grafiche Editoriali SpA

ÍNDICE

Presentación	pag.	2
Introducción	»	3
En Palestina	»	4
En Rodas	»	8
Sin Patria	»	17
En Malta	»	19
Cultura Hospitalaria	»	27
En Exilio	»	31
En Roma	»	33

Presentación

*E*s para mí motivo de satisfacción aceptar la invitación que me ha cursado la Asociación de Caballeros Italianos para que presente esta publicación preparada por el Barón Marcello Maria Marrocco Trischitta, Caballero de Honor y Devoción, del ACISMOM.

Una iniciativa loable cuya necesidad se advertía desde hacía tiempo y que, a mi parecer, merece una atención especial. Un título sugestivo para un tema apasionante: "Caballeros de Malta, una leyenda hacia el futuro". Ojeando estas páginas de fácil y agradable lectura, se pueden revivir, en una rápida síntesis, las vicisitudes de la Orden de San Juan a lo largo de sus primeros mil años de historia.

Desde Palestina hasta la conquista de Rodas, desde el asedio de Malta al confuso período que siguió a la pérdida de la isla, hasta las entusiasmantes perspectivas indicadas en las "Estrategias Futuras" y hasta la reciente y prestigiosa meta de Observador Permanente en la ONU, el lector es invitado a participar en uno de los eventos más fascinantes del Occidente cristiano.

Una obra divulgadora, pues, que a la memoria de un glorioso pasado, une indisolublemente los programas que la Orden se propone al comienzo de su segundo milenio, subrayando su vitalidad y la voluntad de seguir fiel a su tradición. "Tuitio fidei et obsequium pauperum": una ocasión para confirmar una vez más la fidelidad a la misión indicada, hace ya diez siglos, por el Beato Gerardo. Confío en que este trabajo pueda contribuir a reforzar el fervor y la disponibilidad de los Caballeros e induzca a cuantos aspiran a formar parte de la milicia sanjuanina a captar la palpitante actualidad de sus ideales y a hacer suya la defensa de los principios cristianos.

*Su Alteza Eminentísima el Príncipe y Gran Maestre
Frey Andrew Bertie*

Introducción

*C*asi mil años de Historia. Diez siglos al servicio de la humanidad. Fundada en Jerusalén al inicio de la Edad Media y todavía activa y vital, es universalmente conocida como Soberana Militar Orden de Malta. Fiel a sus tradiciones ha sabido mantener siempre vigente la razón de su propia existencia, llegando a los umbrales del año 2000 con nuevas estrategias y amplios programas para el porvenir.

De la epopeya en Palestina a las audaces incursiones en el Mediterráneo, de los asedios en tierra firme a las batallas en el mar, sus caballeros han escrito memorables páginas de historia en defensa de la Cristiandad. Por siglos fueron irreductibles defensores de la Fe, pero cuando el valor y el arrojo del soldado dejó de ser necesario, supieron retomar su antigua y nunca descuidada misión. De los hospitales de Jerusalén a las enfermerías de Rodas y de Malta, sobre los trenes que transportaron miles de heridos durante las dos guerras mundiales, entre las víctimas de las calamidades naturales, de Mesina al Friuli, del Polesino a la Irpinia hasta en las ensangrentada jungla de Vietnam y luego en Ruanda, doquiera que los seres humanos han sufrido ellos han acudido.

Como un tiempo en la mítica casa de la Ciudad Santa, todavía hoy, en los países destrozados por la guerra, en los hospitales, en los leprosarios. En los laboratorios para la lucha contra la diabetes, en los centros de asistencia para ancianos, entre las tropas siempre más numerosas de peregrinos y enfermos impelidos por la devoción y la esperanza hacia los santuarios de todo el mundo, los hombres de la "Sacra Milicia" desarrollan su obra en obsequio a la Regla que les hizo, desde el XI Siglo, "Siervos de los Señores enfermos".

Gente de nuestro tiempo y no restos superados e improbables de un mundo anacrónico e inútil. Al respeto de un legendario pasado, unen el empeño y la presencia actuales y su Cruz constituye el símbolo del altruismo y de la caridad cristiana.

El Autor

En Palestina

*L*os cruzados, que en 1099, conquistan Jerusalén, encuentran en las cercanías del Santo Sepulcro un hospital regido por una comunidad religiosa que se inspiraba en la regla de San Benito. Aquellos frailes, a quienes se les dio como patrono a San Juan Bautista, visten una túnica negra y llevan sobre el pecho una cruz blanca similar a la de Amalfi. Fue un rico mercader de la antigua república marinera quien obtuvo, años antes, del Califa de Egipto el permiso de construir, en el barrio latino, una iglesia, un convento y un hospital en el cual se asistiera a peregrinos de cualquier fe o raza. Se ha discutido mucho sobre el origen de esta institución, pero la tesis más aceptada considera a aquellos hombres como el primer núcleo de la Orden de San Juan.

Es en las jornadas de la conquista de Palestina, que los Sanjuaninos aparecen en el escenario de la historia. Agotados por la fatigosa marcha hacia Jerusalén y por el largo asedio, los cruzados buscan cuidado y comodidad en el hospital.

La que sigue es una etapa histórica muy difícil para los cristianos en Tierra Santa. Los nobles venidos de Europa a liberar el Santo Sepulcro parecen más interesados en satisfacer la propia sed de conquista que en afirmar las razones inspiradoras de la cruzada y se empeñan frecuentemente en extenuantes conflictos entre ellos.

Luego de un breve período de dispersión, los musulmanes reaccionan con determinación y se hace por esto necesario disponer de hombres adiestrados en las armas y prontos a empuñarlas en cualquier momento: gente para la cual la guerra no sea solamente una tarea sino, sobre todo, una misión.

Las informaciones de cuántos fueron amorosamente asistidos, volvieron famosos a aquellos frailes en toda Europa y el 15 de febrero de 1113, el Papa Pascual II envía a Frey Gerardo, jefe de la comunidad, una Bula en la cual aprueba y oficializa la institución del Hospital, autorizando a sus miembros a elegir sus propios "Maestres". La Iglesia de Roma confirma, pues, el nacimiento de una nueva Orden religiosa que adquiere en breve tiempo tanta notoriedad como para ser llamada la "Sacra Religión".

En el clima de aquellos años nacen también y adquieren poder y prestigio, otras órdenes caballerescas. Para los Sanjuaninos, su histórico y definitivo desarrollo se produce a la muerte de Frey Gerardo. Este fraile, considerado por algunos amalfitano y por otros francés, constituye una figura de gran interés para la historia de la Orden que, desde sus orígenes, fue sustraída a la jurisdicción de los obispos y de las otras autoridades eclesiásticas.

Al contrario de sus predecesores, que habían socorrido a mercaderes y a gente pobre, en busca del perdón divino, Gerardo vive las jornadas de la victoria cristiana y encuentra a los grandes capitanes de Occidente. Al día siguiente de la conquista de Jerusalén,

Godofredo de Buillón entrega al Hospital una primera donación que será seguida muy pronto de otras. Además, relajada la tensión de la batalla final, el sentimiento religioso reaparece y muchos cruzados solicitan hacerse Hospitalarios: las filas de aquella que se convertirá en breve en la Sacra Milicia se van engrosando.

El sucesor de Gerardo es Frey Raimundo de Puy, que se denomina "Maestre" y confía a sus hermanos una nueva obligación; a los enfermos y peregrinos no les garantizarán solamente el cuidado y la asistencia, sino también la defensa armada.

El nuevo Maestre adopta definitivamente como emblema la Cruz blanca de ocho puntas, símbolo de las ocho bienaventuranzas del Sermón del Monte y sanciona el cambio: si bien permanecerán fieles a los votos de pobreza, castidad y obediencia, aquellos hombres vestirán la cota de hierro y ceñirán la espada. El Hospital asume el carácter de una orden de caballería pero conserva, al mismo tiempo, el carácter religioso. Se vuelve militar, pero entre ésta y las otras instituciones similares hay sustanciales diferencias. Bajo las insignias de los Templarios o de los Teutónicos se acoge gente de armas en búsqueda de dar significado a sus empresas belicosas y de poner su propio coraje al servicio de la Fe. Los Hospitalarios, en cambio, son hombres ya tocados por el Verbo Divino, dedicados a obras de misericordia, consagrados al altruismo y que, en nombre de este ideal, deciden armarse. Una diversidad de determinante relevancia histórica y política, que contribuye a explicar las razones por las cuales, a diferencia de las otras, la Orden de San Juan ha logrado superar infinitas dificultades y ha llegado a nuestros días con sus prerrogativas y su encanto.

Doscientos años durará la presencia de los Jerosolimitanos en Palestina. Dos siglos de batallas, asedios, emboscadas, embajadas, durante los cuales los cristianos gozaron solamente de algunos breves períodos de paz. Superada la fase organizativa, adquirieron una importancia siempre mayor en las vicisitudes del reino de Ultramar y su capacidad encuentra elocuentes testimonios inclusive en las relaciones de los cronistas musulmanes. El propio odio inextinguible que alimentaban los infieles por los Frailes Caballeros, constituye una demostración del papel que ellos tuvieron en Tierra Santa.

Un ejemplo entre tantos. Al día siguiente de la desafortunada batalla los Cuernos de Hatin, en la que las armas de Occidente fueron duramente derrotadas por Saladino, su ayudante Imad-Ad-Din describe la escena de una masacre de Sanjuaninos prisioneros y desarmados ordenada por el Sultán que, a la vista de los hombres del Hospital, olvidaba su proverbial generosidad.

Con el pasar del tiempo, las filas de cruzados se iban poco a poco debilitando y por esto, era cada vez más arduo asegurar la defensa del país. Para detener en cualquier forma las incursiones enemigas se construyeron algunas fortalezas, muchas de las cuales fueron confiadas a los Caballeros de San Juan.

Pero no se los apreció solamente por su valentía. En muchas circunstancias los soberanos de Jerusalén se sirvieron de ellos como embajadores y para resolver controversias difíciles. Hombres de armas, pero también sabios y sagaces consejeros, educados en la escuela del servicio al prójimo y extraños a los intereses que caracterizan, en cambio, las actividades y el comportamiento de otras órdenes caballerescas.

Difícil es reconstruir las largas vicisitudes militares en Tierra Santa. En 1153 los Jerosolimitanos contribuyen a la conquista de Ascalona, enfrentan varias veces al famoso caudillo Nur-El-Din, defienden Banyas, combaten en Egipto bajo la guía del Gran Maestre Frey Gilberto d'Assailly. En 1187 en los Cuernos de Hatin el propio Maestre Frey Roggero Des Moulines cae en batalla contra Saladino y centenares de Sanjuaninos se sacrificarán en la defensa de Jerusalén que Saladino reconquista el 2 de octubre del mismo año. Pero, no obstante las pérdidas, los musulmanes se los encontrarán siempre de frente.

Dirigida por Ricardo Corazón de León, en 1191 la tercera cruzada parece reanimar la suerte de las armas cristianas y los Caballeros del Hospital acuden en defensa de Trípoli, de Antioquía, del Reino de Armenia a donde son llamados a guarnecer la fortaleza de Seleucia. El 12 de julio de 1191, el soberano inglés logra conquistar San Juan del Acre pero, por una serie de diferencias con los otros comandantes cruzados, deja Palestina en octubre del año siguiente.

Se combate aún y durante la quinta cruzada los Jerosolimitanos participan en la conquista de Damietta que cae el 5 de noviembre de 1219. Una victoria importante que no sirve, sin embargo, para cambiar la situación en tierra Santa.

En 1229, Federico II de Suavia obtiene pacíficamente Jerusalén del Sultán de Egipto, pero se trata de una breve tregua. En 1246 los musulmanes atacan la ciudad masacrando a sus habitantes e infligen en Gaza una dura derrota a sus adversarios. Inútil la desesperada resistencia de los hombres de la Sacra Milicia, cuyo Maestre, Frey Guillermo de Chateaufort, es hecho prisionero.

Tampoco la expedición del Luis IX Rey de Francia sirve para cambiar la suerte del reino. En 1249 los cruzados atacan y ocupan una vez más Damietta, pero el 6 de abril de 1250 en Al Mansurath, en el delta del Nilo, el ejército del soberano francés es derrotado. El valor no es suficiente para decidir la victoria y Luis IX se ve constreñido a restituir Damietta.

Un número cada vez mayor de fortalezas a los Caballeros de la blanca Cruz: y aún encuentros y empresas memorables. Los otomanos han hecho ya un frente común y las fuerzas en campaña se hacen cada vez más desiguales. En 1268 el Sultán de Egipto emprende en una maciza ofensiva y Haifa y Antioquía son conquistadas mientras el cerco de los infieles se estrecha por el Norte y por el Sur. El 23 de marzo de 1271 cae el Crac de los Caballeros: tampoco aquel formidable castillo resiste el asalto de las tropas del Sultán Bairbas. Pasan poco años y en 1285 Qalawun, el nuevo sultán de Egipto, ocupa Margat, otra fortaleza del Hospital. A los sobrevivientes de tantas guerras no les llega ayuda alguna de Occidente. En Europa, el espíritu cruzado parece ya amodorrado y el fin de la empresa en Tierra Santa es inevitable.

En 1289 Qalawun asedia Trípoli de Siria y también sobre los muros de aquella ciudad, los Sanjuaninos caen en gran número. El último encuentro lo afrontan en Acre, sede del Hospital, en la primavera de 1291. Guiándolos se encuentra el Gran Maestre Juan de Villier. Decididos a expulsar a los infieles de su tierra propia, los musulmanes estrechan el asedio de la ciudad: la superioridad de su ejército es tal que hace imposible cualquier tentativa de resistencia.

Pero los Jerosolimitanos no van a ceder. Tolemaida representa para ellos el último baluarte sobre el cual testimoniar la propia fidelidad a la Regla, la disponibilidad al sacrificio supremo. Llegado hasta nosotros gracias a algunos cronistas, el informe de aquella jornada es increíble: cumplieron prodigios de valor, pero todo fue inútil. Cuando la última resistencia cae, los pocos sobrevivientes llevan a salvo hasta las naves a los enfermos y al propio Maestro, gravemente herido.

Para las armas cristianas la aventura en Palestina concluye dramáticamente. Y mientras la historia de las cruzadas encuentra su doloroso epílogo en una playa ensangrentada del Mediterráneo, los Caballeros del Hospital izan la vela hacia Chipre: su porvenir está ya en el mar.

En Rodas

Con la caída del Acre, el movimiento cruzado pierde como proyecto político gran parte de su validez. Cuando en 1187 Jerusalén fue conquistada por las tropas de Saladino, en todos los estados cristianos hubo una inmediata reacción de carácter psicológico más que militar. En 1291, en cambio, la noticia de la toma de Tolemaida suscita dolor e indignación, pero ninguna sorpresa. La gravedad de la situación era conocida tiempo ha, y no obstante lo dramático, la pérdida de la Tierra Santa fue recibida por todos como un evento ya ineludible. Europa estaba lacerada por las profundas rivalidades entre los varios soberanos y el fervor religioso no era ya suficiente para mover a Oriente príncipes y reyes. Tan solo el Papa Nicolás IV trató, inútilmente, de traducir en acciones concretas su profundo dolor por la derrota.

Pero si Europa podía diferir el problema relacionado con la herencia del reino de Ultramar, para las órdenes militares se iniciaba un período de grave incertidumbre. En la imposibilidad de desarrollar su propia actividad institucional, sentían venir a menos la razón misma por la cual habían sido fundadas.



El Hospital de Rodas, construido por el Gran Maestre Frey Jean de Lastic.

Caían además los fundamentos de aquella operación de gran relieve que había sido la creación de las órdenes religiosas, cuyas reglas disponían, como obligación, la guerra a los infieles. Un fenómeno interesante en la historia de la Iglesia, que confirmaba la forma como ésta había sabido insertarse en la sociedad guerrera de aquel tiempo. El nacimiento de aquella institución había además demostrado que, de un episodio en parte casual, la cruzada había asumido la dimensión de un problema que comprometía la conciencia cristiana aún a nivel de pensamiento, de organización y de actitud disciplinaria eclesiástica.

Ricos y poderosos, con sus Encomiendas diseminadas en todas las naciones, fustigados con los problemas de variada naturaleza que la constante preocupación militar había

siempre solucionado, las órdenes caballerescas terminaron como gigantes en busca de una bandera y prontos a alinearse junto a la parte que hubiere pedido su intervención y su ayuda por una causa que fuese plausible y aceptable. Nuevos protagonistas en el escenario de una Europa cristiana, de difíciles y precarios equilibrios.

Transferida la sede de su Convento y del Hospital a Chipre, los Sanjuaninos sienten la necesidad de reorganizarse y de pensar en el futuro. La isla en la cual habían encontrado hospitalidad junto con los Templarios, aparece pronto como un ámbito demasiado estrecho y los Jerosolimitanos comprenden que en aquella situación su independencia amenazaba queda comprometida.

Los años de la permanencia en Chipre constituyen un interesante período de estudio y reflexión. Reunidos además dos veces en Capítulo General, los hombres del Hospital examinan la situación preparando la estrategia de su acción futura. Las propiedades esparcidas en toda Europa y las riquezas de las diversas Encomiendas comienzan a suscitar intereses y codicia que podrían provocar peligrosas situaciones. La posesión de esos bienes debía encontrar cuanto antes una justificación en las labores militares y hospitalarias. Es necesario reorganizarse y volver a combatir.

La ocasión propicia se presenta en el 1306. Vignolo de Vignoli, un aventurero genovés al servicio del emperador de Bisancio, Andrónico II Paleólogo, que había obtenido del soberano un contrato de arriendo de las islas de Coos y de Leo, propone al Gran Maestre Folco de Villaret conquistar juntos todo el Dodecaneso y pide solamente retener para sí un tercio del territorio. Los Sanjuaninos comprenden que aquella oferta es la solución auspiciosa de sus problemas. El momento político sugiere a la Orden de hacer efectiva su soberanía y de reiniciar sus actividades cuanto antes. No pudiendo más combatir a los musulmanes en tierra firme, el mar se volverá para la Religión el teatro de su acción. Y como base operativa, Rodas era lo mejor que se podía pensar. Punto de encuentro entre las rutas de Occidente y de Oriente, ofrecía puertos naturales donde proteger las naves a las cuales el clima y los vientos consentiría moverse con facilidad. Característica preciosa para aquella que se convertiría en la patria y la fortaleza de la milicia de San Juan.

También la situación general se delineaba, en ciertos aspectos, favorable. Rodas era oficialmente un dominio del emperador de Bisancio, pero éste dejaba entender claramente que no se opondría a una eventual ocupación por parte de los Jerosolimitanos. Además, la isla suscitaba desde hacía ya tiempo la atención de los musulmanes; y muchos núcleos sarracenos estaban asentándose rápidamente en ella. Se trataba, en definitiva, de emprender una acción contra el eterno enemigo de la Cruz que amenazaba con apoderarse de un importante punto de apoyo.

Folco de Villaret decide la gran aventura y comienza los preparativos para alistar una flota compuesta de naves de la Orden y genovesas. La expedición se la estudia en Chipre, pero se la organiza en Italia. Es en efecto de Brindisi que zarpan las naves velaron derrotero hacia la isla, en la que se detienen para embarcar todo el personal con equipajes y enseres de todo género. Una operación que presenta problemas logísticos bastante complejos, porque a más de lo que había sido transportado desde Tierra Santa, los Sanjuaninos habían permanecido en Chipre por un tiempo y después de la pérdida de la Palestina mucho material había llegado de todas las Encomiendas de Europa. Lo que estaba por

iniciarse era, además, una empresa que no admitía reflexión y que debía ser conducida con el máximo de prudencia pero, al mismo tiempo, de determinación.

Al iniciarse el verano la escuadra se aproxima a Rodas y los Caballeros comienzan las operaciones. Para completar la conquista serán necesarios algunos años, pero el 15 de agosto de 1310 flamea ya en toda la isla el rojo estandarte de la Religión. Para la Orden de San Juan es el inicio de uno de los períodos de mayor esplendor y gloria.

Superados los primeros momentos de dificultad, los Caballeros encuentran en Rodas la tierra ideal. La disponibilidad y la cordialidad de los habitantes, el clima y la posición geográfica facilitarán su retorno a la vida.

La Orden demuestra bien pronto la cualidad que en Palestina no había acertado a manifestar del todo y también desde el punto de vista cultural, bien distintos serían los intereses con respecto a aquellos cultivados en Tierra Santa. Incluso obligados a defenderse continuamente, los Grandes Maestros sabrán suscitar en torno a su nueva patria notables atenciones, concientes de la necesidad de hacer de la Sacra Milicia la expresión concreta de una cruzada que no recurría solamente a las armas para sostener principios e ideales.

Rodas se volvería un punto de referencia de primera importancia y sería siempre el centro de dos diversas consideraciones. Para las potencias europeas constituirá esencialmente una base militar de gran relevancia estratégica, mientras que para la Iglesia y el mundo cristiano será la vanguardia de una esperanza: mientras la bandera de la Cruz blanca sobre campo rojo flameara sobre aquella tierra, el sueño de un retorno a Palestina no debía considerarse del todo desvanecido.



El patio del Hospital, una de las mayores construcciones de sanidad de su época.

Situada entre Oriente y Occidente, la isla representa también, desde un punto de vista romántico, el escenario de una época. Es la nueva patria de los últimos soldados de aquella milicia de Cristo, que logran todavía actualizar y profundizar el contenido religioso y político de la cruzada.

El Hospital se vuelve en breve tiempo una potencia marítima y no pudiendo encontrar en el número de naves la propia fuerza, confía a la calidad de los barcos y al arrojo de los

capitanes y sus tripulaciones, el secreto de su éxito.

El interés por el mar se remonta a una época anterior al establecimiento en Chipre. Disponer de un navío propio fue una exigencia advertida en los últimos años de la permanencia en Tierra Santa, sobre todo después de la transferencia del Hospital a Acre convertido, en aquella fase de las hostilidades, en puerto de gran importancia estratégica más que mercantil. Debe considerarse, además, que la propia evacuación, efectuada en condiciones difíciles, resultó posible solo gracias al empleo de una eficiente flotilla.

Con la clarividencia, que es una característica constante de su historia, los Jerosolimitanos habían reenfrutado hacia tiempo el problema de la presencia en el mar y las primeras noticias de embarcaciones de su propiedad se tienen ya en el año 1230. Aquel que, muy probablemente fue el primer navío armado de la Orden se llamaba "*Comptesse*" y podía transportar hasta 1500 hombres, más carga. A bordo estaba prevista la presencia, además de la tripulación y de la gente de remo, la de tres Caballeros: el capitán, el comendador de la nave y un tercero al que se confiaba el abastecimiento.

La necesidad de disponer de naves de batalla nace con el traslado a Limassol, en la isla de Chipre. El deseo de no perder del todo los contactos con Palestina y la esperanza de un retorno a aquella tierra fueron, en un principio, las razones de una decisión que sugeriría después una nueva estrategia a los Caballeros de San Juan.

No obstante las muchas dificultades, el desarrollo de la marina debe haber sido bastante rápido, pues en 1299, a pocos años de la caída de Acre, encontramos en los reglamentos una referencia al cargo de Almirante. En aquel año, en efecto, se habla de un fraile, Folco de Villaret, que asume el título de "Almirante de la Casa", y que cinco años después sería elegido Gran Maestre, teniendo un papel determinante en la nueva organización de la Orden y en su transferencia.

El establecimiento juanbautista no resultará grato a los musulmanes, los que no demoran en agredir al antiguo enemigo y en la primavera de 1310 se presentan con una flota en las aguas de la isla. Las condiciones de la defensa son tales que no permiten rechazar con éxito el asalto, pero la intervención de Amadeo V, conde de Savoia, permite enfrentar al adversario que se bate en retirada. Rodas se salva y se inician las labores para convertirla en fortaleza.

En Occidente, entre tanto, los ideales cruzados parecían despertarse lentamente y de cada nación de Europa comenzaron a arribar jóvenes deseosos de vestir el hábito de San Juan. Las familias nobles de Francia, España, Italia, Portugal e Inglaterra mandaban a sus hijos segundones a militar bajo las banderas de la Sacra Milicia y en 1319, en el Capítulo General convocado en Montpellier por el Gran Maestre Frey Elione de Villeneuve, se resolvió reunir a los Hospitalarios en compañías correspondientes a su país de procedencia. Estos grupos se llamaban "Lenguas" y tenían por jefe un "Piliero", al que por derecho correspondía un cargo en el gobierno. Inicialmente se instituyeron las de Provenza, Alvernia, Francia, Italia, Aragón, Inglaterra (con Escocia e Irlanda) y Alemania. Más tarde, en 1462, Castilla y Portugal se separaron de la Lengua de Aragón y constituyeron la octava. Cada Lengua comprendía Priorados o Grandes Priorados, Bailiasgos y Encomiendas.

Innumerables los ataques de los otomanos en la tentativa de eliminar del Mediterráneo aquel enemigo que iba fortaleciéndose rápidamente. En 1312 una escuadra naval entera conquista Amorgo, una isla desde la cual los musulmanes podían amenazar fácilmente a los Caballeros. Es el propio Gran Maestre Folco de Villaret quien guía el desembarco y la expulsión del enemigo.

En 1318, con un movimiento, sorpresa asaltan Cos, fortificada poco antes. Están a un paso de Rodas, pero el comandante de las galeras Frey Alfredo III de Schwarburg, en una acción rapidísima, obliga a los adversarios a abandonar las posiciones ocupadas.

Naves turcas atacan Chio en el 1319 y Rodas en el 1320. En ambos casos las fuerzas sanjuaninos son inferiores, pero el enemigo es rechazado y gran parte de sus buques capturados.

No obstante los numerosos reveses, los musulmanes no desisten y su presencia en el Mediterráneo se hace cada vez más amenazante. En el curso del siglo XIII la situación se volverá, además, muy compleja. Los pequeños estados cristianos de Siria terminan por ser eliminados en la ofensiva de los soberanos mamelucos de Egipto y en manos occidentales quedan solamente Chipre y Rodas, mientras los turcos comienzan a volver su atención hacia Europa.



El sitio de Rodas: Frey Pierre d'Aubusson rinde homenaje a la Santísima Virgen María de Filermo, Protectora de la Orden.

En la isla se trabaja sin descanso para construir bastiones y torres, iglesias y casas. Rodas se vuelve una ciudad fortificada pero, al mismo tiempo, elegante y confortable. Las veloces galeras cumplen, entre tanto, continuas expediciones: asechan las rutas comerciales de las naves de la Medialuna llegando frecuentemente a amenazar, con incursiones relámpago, los centros habitados de la costa turca.

Años de gran fervor, durante los cuales el Hospital refuerza su estructura organizativa. De 1396 a 1437 los Grandes Maestres Filiberto de Naillac y Antonio Fluvian, dedican medios y energía para acrecentar la capacidad defensiva de su fortaleza, convencidos como están de que cuanto antes Rodas deberá afrontar ataques mucho más grandes que aquellos que ha sufrido ya. Una obra de fortalecimiento para la cual el Gran Maestre Antonio Fluvian ofrecerá su propio peculio. Será con su herencia que serán erigidas iglesias y se construirá un nuevo hospital.

El enemigo no se hace esperar. En 1440 los egipcios desencadenan una violenta ofensiva pero, guiados por el Gran Maestre Juan de Lastric llegado justo a tiempo de Europa, los Caballeros la rechazan en el curso de una sangrienta batalla al término de la cual persiguen a las naves enemigas a lo largo de la costa de Anatolia. En 1444 son los turcos quienes se aventuran en la empresa, pero su tentativa falla. Sin descanso, pues, la actividad militar, considerada también la de las naves de la Religión, participa en todas las expediciones que las naciones católicas, exhortadas por varios Pontífices, organizan de tanto en tanto contra el Islam.

En el 1453 Mahoma II conquista Constantinopla y la Cristiandad aterrorizada vuelve la mirada hacia el Oriente donde, en pocos años, el sultán turco ocupa el Peloponeso, Trebisonda, Mitilene, la Eubea, parte de Albania, las colonias genovesas de Crimea, somete Serbia e impone su tributo a muchas naciones.

A interceptarle el camino hacia Europa hay ya solamente una isla. Un pequeño obstáculo que puede ser fácilmente superado y Mahoma II declara que a aquel enemigo que osa desafiar a la potencia de la Medialuna, será oportuno darle una solemne lección que sirva de advertencia a todo el Occidente. Una amenaza que no tarda en ejecutar.

Al alba del 23 de mayo de 1480, ciento sesenta naves hacen su aparición frente a Rodas y cien mil hombres desembarcan rápidamente, arrastrando un número nunca visto de cañones. Se inicia así uno de los más grandes asedios de la historia. El Gran Maestre Frey Pedro d'Aubusson ha previsto con tiempo los movimientos del enemigo y ha ordenado la movilización de todas las fuerzas a su disposición. Ha enviado mensajeros a los príncipes europeos con el pedido de hombres y medios, pero ha obtenido solamente promesas y respuestas evasivas. La única ayuda la ha traído un italiano, Benedetto della Scala que comanda un contingente de hombres armados por su cuenta. Con él está también el hermano del Gran Maestre, Antonio d'Aubusson.

Los turcos no pierden tiempo. En intento de desmoralizar a los rodanos, acometen también contra el poblado con una verdadera lluvia de proyectiles, pero los refugios para proteger a los niños, los viejos y los enfermos han sido preparados con mucha anticipación. El 24 de mayo, concluido el masivo bombardeo, los comandantes ordenan el primer asalto. Están convencidos de que darán rápida cuenta de los asediados, pero la tenacidad de los Jerosolimitanos desmiente las fáciles previsiones del sultán y el asedio se prolonga por dos meses. El 27 de julio los musulmanes desencadenan aquello que en sus planes debía ser el ataque definitivo. Más de 3500 proyectiles han caído sobre la ciudad en el curso del cañoneo que se ha extendido por semanas y ha reducido algunos puntos de la cinta amurallada a un montón de ruinas.

Es contra aquellos pasos que el comandante de la infantería, el renegado Nisha Paleólogo, emplea sus mejores tropas: 2500 jenízaros y otros miles de soldados circundan la Torre de Italia y plantan en las escarpas la bandera del profeta. Todo parece perdido, pero la reacción es inmediata. Guiados por el Gran Maestre, los Caballeros afrontan en un cruento cuerpo a cuerpo al enemigo que finalmente, se ve obligado a retroceder. No obstante las numerosas heridas recibidas, Frey Pedro d' Aubusson no se cansa de exhortar a los suyos a rechazar a los adversarios que vuelven varias veces más a la carga.

Una sangrienta jornada cuyo éxito, junto con la noticia del inminente arribo de refuerzos, induce al Pachá Paleólogo a renunciar a la empresa. La insolencia musulmana se ha estrellado contra aquella pequeña isla. Europa puede mirar con renovada esperanza a la Sacra Milicia, como el único baluarte contra el Islam. Mahoma II debe admitir amargamente que un puñado de hombres ha logrado batir al imperio de los Onsmalli. Una derrota a la cual no logrará nunca resignarse y que querrá en su epitafio: "Deseo conquistar Rodas e Italia". Al día siguiente de la victoria los Jerosolimitanos se ponen nuevamente a trabajar para reconstruir la ciudad y los muros devastados por la artillería. Su misión es la de combatir contra los infieles y saben que las oportunidades no faltarán.

Por deseo del Papa Alejandro VI, entre 1499 y 1503 se constituye una Liga de la cual hacen parte Francia, España, Portugal y Venecia. La Orden une sus galeras a las naves de la armada cristiana: grandes los proyectos, loables las intenciones pero moderados los resultados y, finalmente, será dejada sola a afrontar al eterno adversario.

Convencidos de sorprender a los Hospitalarios, los turcos intentan nuevamente en 1503. Esperan aprovechar de la sorpresa, pero la inmediata respuesta les obliga a retirarse con grandes pérdidas. En Europa, en tanto, las luchas continuas entre varias naciones terminan por inducir a algunos estados a rever sus propias posiciones en la confrontación con el Islam y, en varias ocasiones, la Francia cristiana estrechará alianza con los turcos. Aún Venecia, preocupada por su comercio, mantiene relaciones con Constantinopla y censura, a través de sus embajadores, la obstinada voluntad de los Caballeros de oponerse al superpoder musulmán en el Mediterráneo, considerando exagerada cierta preocupación suya acerca del peligro de una eventual ofensiva contra Occidente.

Pero en 1520 sube al trono de los Onsmalli Solimán II, un joven ambicioso y genial: para Europa será el Magnífico, para el Islam el Legislador, para los Hospitalarios un enemigo despiadado. Tiene ideas claras y su primer paso es el de conquistar Belgrado: dueño ya de Hungría puede amenazar fácilmente Europa por vía terrestre. El otro baluarte cristiano está en el mar: los Sanjuaninos no le permiten consolidar la supremacía de su flota y por tanto serán eliminados. El destino del Hospital está decidido: Solimán ordena a sus generales atacar.

La noticia no sorprende al Gran Maestre Frey Felipe de Villier de l'Isle Adam que dispone en total de seiscientos cohermanos y 5000 hombres. Presintiendo el peligro ha enviado pedidos de ayuda a todos los soberanos católicos, pero ninguno se ha manifestado dispuesto a proporcionar refuerzos. La Orden está sola frente al imperio otomano. En vano el Papa Adriano VI exhorta a los príncipes a acudir en socorro de los Jerosolimitanos. Sus llamadas quedan desoídas, mientras sobre la última fortaleza cristiana está por abatirse una tempestad de fuego.

En la mañana del 6 de junio de 1522, los vigías sobre las torres sintieron dar un vuelco a sus corazones a la vista de la flota que se veía ya delineando el horizonte. Centenares de naves cargadas de soldados se acercaban lentamente. Reunidos los Caballeros, el Gran Maestre recordó con breves palabras la obligación asumida al momento de vestir el hábito jerosolimitano: combatir a los infieles aún a costa de la vida y demostrarse dignos del privilegio de pertenecer a la Sacra Milicia.

Pero el espectáculo de las fortificaciones que se elevaban hacia el cielo debía despertar no pocas preocupaciones también entre las filas de los atacantes. Un doble cerco de murallas sólidamente adheridas a la roca natural y a pico sobre el agua, corría en torno a la ciudad y para reforzarla en tres lados, hacia la tierra firme, había un foso de entre sesenta y ciento cuarenta pies de profundidad. El muro incorporaba trece torres y la ciudad estaba dominada por el alto campanario de la iglesia de San Juan. Por todos lados, cañones listos a hacer fuego.

En cuanto a determinación, el Gran Maestre da de inmediato una elocuente demostración: Felipe de Villiers de L'Isle Adam ordena incendiar las villas y las residencias veraniegas para evitar que en los lujuriantes jardines, ricos en plantas exóticas, el enemigo pueda encontrar escondites. Y, para dar ejemplo, dispone que la demolición comience por su espléndida residencia. Tierra quemada aún dentro de los muros, espera al adversario.

Entre tanto, el cerco se estrecha. Millares de esclavos desembarcan de las naves artillería de todo calibre mientras las colinas circundantes se cubren de estandartes y de tiendas multicolores. Cuando los turcos abren el fuego, la isla parece incendiarse. Desde la ciudad responden los cañones, y las torres, refiere un historiador, semejan emerger de una nube de humo. De parte de los otomanos están el número, la potencia, la formidable organización militar y el fanático desprecio de la propia vida y de la de los otros. En el frente de los Sanjuaninos, el valor alegre de la Fe y el genio de un caballero: Gabriel Martinengo, el más famoso ingeniero de asedio de la época. Ha dejado Candia, donde estaba al servicio de la Serenísima, para unirse a sus hermanos y poner a su disposición toda la astucia que su genial capacidad le sugería.

El duelo de artillería se prolonga ininterrumpidamente por días y días. Luego, el 26 de junio, las tropas otomanas se preparan para el primer asalto. A lo largo de las almenas los Jerosolimitanos esperan al enemigo. Sobre las armaduras llevan el traje de batalla: el lábaro rojo con la gran Cruz. Sobresalen entre la masa y son bien visibles incluso de la lejanía Su sola presencia, la vista de su uniforme bastan para llenar de furia a los otomanos. Antes de ocupar el puesto justo sobre la muralla, han escuchado la misa en la catedral de San Juan. Un día como los otros, iniciado con la celebración del rito sagrado. Pero en aquella mañana está con ellos todo el pueblo de Rodas. Pescadores, campesinos, gente sencilla que se aprieta en torno a aquellos hombres que han aprendido a estimar y que por tanto tiempo han defendido su libertad, sus casas y que de su isla han hecho una patria respetada y temida.

En el campo turco se tiene el convencimiento que el largo bombardeo haya debilitado la resistencia de los asediados y no se excluye la posibilidad de que aquella sea la jornada decisiva.

Precedidos del ensordecedor estrépito de los tambores y de los gritos de los comandantes, millares y millares de turcos marchan hacia los muros. Pero recorren algunos centenares de metros y aquella masa humana parece vacilar bajo los golpes de la artillería que abre

entre sus filas vacíos espantosos. Y no obstante la avalancha de fuego y de piedras que se precipita desde lo alto, la masa hormigueante alcanza los bastiones e intenta la escalada. Es una masacre. Pese a los gritos de estímulo y a las amenazas de los comandantes, el ejército se retira abandonando sobre el terreno, junto a miles de hombres, la esperanza de concluir rápidamente el asedio. Una jornada épica, al finalizar la cual los Caballeros agradecen, en la catedral de San Juan, a la Virgen del Filermo, su protectora. En las calles, la gente festeja la victoria, pero el asedio apenas ha comenzado y los otomanos volverán pronto al asalto.

Innumerables los ataques de doscientos mil hombres que circundan Rodas. Pero cada tentativa resulta vana y con el pasar de los días las tropas comienzan a negarse a combatir. Está en juego el prestigio mismo del Islam y para resolver la delicada situación, Solimán, informado de la situación, decide asumir personalmente el comando de las operaciones. El 28 de agosto llega con una nueva flota. Trae consigo otros soldados y nuevas artillerías de una potencia hasta aquel momento desconocida.

Pese a de todo Rodas resiste. El 4 de septiembre, con una mina los atacantes logran hacer saltar una parte del bastión de la Lengua de Inglaterra y en torno a aquella brecha la lucha se enciende furibunda. Rechazados a precio de grandes sacrificios, el enemigo vuelve otra vez el 24 de septiembre. Será una de las jornadas más dramáticas: los caídos del lado de los turcos son, según los cronistas de la época, quince mil. Una verdadera y propia matanza. También en la ciudad la situación se hace siempre más grave. Las provisiones comienzan a escasear y la gente se halla extenuada, mientras que de Constantinopla continúan llegando refuerzos.

Siguen días difíciles para los asediados y en el alba del 17 de diciembre, Solimán desata el asalto decisivo. Después de horas y horas de desesperada lucha, los jenízaros superan el cerco amurallado, pero en un último esfuerzo el Gran Maestre y sus cohermanos sobrevivientes, logran rechazarlos nuevamente. Es ya inútil continuar la lucha y los rodanos piden que se trate la rendición con Solimán. Aunque reducidos a un centenar, los Caballeros rechazaron desdeñosamente una solución similar, pero Frey Felipe de Villier de l'Isle-Adam conoce el atroz destino que, en caso de ulterior resistencia, los conquistadores reservarían a la población. Profundamente impresionado por el coraje de los adversarios, el sultán recibe al Gran Maestre con gran respeto. Sabe que Rodas está exhausta, pero no olvida que también su ejército está muy afectado y que la lucha podría durar todavía días y días. Solimán acepta las condiciones propuestas: la ciudad y la población serán respetadas, a los sanjuaninos les consiente llevar cuanto poseen y les asegura el honor de las armas. Se permitirá, en fin, a los rodanos que así lo deseen, de seguir a los Jerosolimitanos en su exilio.

El 24 de diciembre, después de seis meses de combates, los turcos entran en Rodas y al alba del 10 de enero (según algunos cronistas la partida sucede el 2), la Orden del Hospital deja la tierra que por más de dos siglos ha sido su patria. Sobre las naves que toman lentamente el mar abierto, no flamea el rojo pabellón de la Religión, sino un paño blanco sobre el cual se distingue, recamada en oro, la imagen de la Virgen con una inscripción: "*Afflictis Tu spes unica*". Una decisión dictada por la profunda devoción de la Madre del Salvador pero, al mismo tiempo, una denuncia contra la cristiandad que ha abandonado a sus hijos en el momento supremo.

Sin Patria

*D*espués de muchos sucesos infaustos, a fines del mes de julio la flota Sanjuanina atraca en el puerto de Civitavecchia, en las cercanías de Roma. El único dispuesto a ofrecer refugio a los Jerosolimitanos es Adriano VI. Recibimientos triunfales esperan a los defensores de Rodas. Formada en el arsenal, la escuadra pontificia rinde honores a las naves de la Religión, mientras el Papa pone la ciudad a disposición del Gran Maestre para que sea la sede provisional de la Orden. Una propuesta inesperada, una hospitalidad generosa que alienta a los Sanjuaninos. Aceptada la oferta, Frey Felipe de Villiers de l'Isla-Adam establece en Civitavecchia el Convento y el Hospital y la base naval de los papas se convierte en la primera residencia de la Sacra Milicia después de la pérdida de Rodas.

No obstante la disponibilidad de la Santa Sede, el Gran Maestre decide sin perder un momento evaluar las posibilidades para una nueva y adecuada organización. Sin abandonar la esperanza de volver un día a Rodas, se incluía entre las primeras la hipótesis de instalarse en el puerto de Suda, sobre la costa septentrional de Creta o en Cerigo, la más meridional de las islas jónicas, proyecto que encuentra de inmediato la oposición de Venecia: la Serenísima está ligada a Constantinopla por acuerdos comerciales y políticos y teme la vecindad de los belicosos hijos de San Juan. Ulteriores sondeos toman en cuenta a Elba, Menorca, Ibiza, Heres, Ischia y Malta. Y, entre tantas, parece la solución ideal justamente esta última. Pertenece a la Corona de España y la decisión para una eventual cesión corresponde sólo a Carlos V.

Pero el 1° de septiembre Adriano VI muere. Una grave pérdida para los Sanjuaninos: con el viejo pontífice desaparece un aliado precioso y el 8 de octubre de 1523, mientras los cardenales están ya varios días reunidos en cónclave, una embajada parte para España. La guían el Prior de Castilla, Frey Diego de Toledo y Frey Gabriel Tadino Martinengo, el ingeniero que en Rodas se ha cubierto de gloria, quedando gravemente herido.

Pasan pocas semanas y Roma y el mundo cristiano saludan a un nuevo pontífice: Julio de Medici sube al solio de Pedro con el nombre de Clemente VII. La labor de la Embajada comienza, entre tanto, a dar los primeros resultados. El emperador propone Menorca, Ischia, Ibiza, Heres y Ponza, pero ninguna de estas islas parece satisfacer como Malta, incluida también entre las varias posibles sedes, a las múltiples exigencias de la Orden. La posición geográfica la hace un baluarte natural y desde esa base los Jerosolimitanos podrían controlar todas las rutas de la flota turca que se mueve cada vez más tranquila y cuya agresividad va en aumento.

Consideraciones éstas que el soberano español no deja de hacer y, hacia la mitad de abril, llega a Viterbo, a donde se había transferido el Convento, Antonio Bosio con la primera propuesta El Caballero que ha venido entre los enviados, refiere la intención del emperador de conceder Malta, Gozo y la base de Trípoli, pero señala también la dura contrapartida exigida. Las dos islas serán concedidas por Carlos como feudo perpetuo, en su nombre y el de sus sucesores, pero el Gran Maestre deberá prestar juramento de fidelidad al soberano.

Condiciones inaceptables. El juramento de fidelidad constituiría una grave violación de la Regla que impone la más rígida neutralidad en los conflictos entre estados cristianos y contrasta con las condiciones supranacionales de la Orden. La primera reacción al proyecto imperial es, pues, negativa. Poco después y luego de dos sesiones bastante animadas, el Capítulo decide tratar con el soberano y declara aceptar Malta y Gozo a condición de quedar libre de cualquier vinculación: única obligación, una Misa a celebrarse cada año como agradecimiento por el beneficio recibido o el regalo de un halcón a entregarse el día de Todos los Santos al Virrey de Sicilia.

Respuesta audaz que podía provocar la ira del monarca. Pero éste no se molesta y permite que una delegación visite la isla. Ocho caballeros, uno por cada Lengua, desembarcan en Malta y la inspeccionan minuciosamente. Una delegación permite al Capítulo disponer de noticias precisas acerca de las condiciones de la defensa y sobre los recursos locales. No obstante el estado de necesidad, los responsables no parecen dispuestos a tomar una decisión apresurada. Saben demasiado bien, que el Islam no les dará tregua y que apenas estén en su nueva tierra serán asaltados por la armada de Solimán. Se trata, además, de asumir una obligación de valor histórico frente a toda la cristiandad y es útil conocer con exactitud las dimensiones y consistencia de los problemas económicos que tendrán que afrontar.

El primer contacto es decepcionante: Malta no entusiasma a los Sanjuaninos. Grande, rocosa, inhóspita, no admite comparación con Rodas ni por clima, ni por belleza natural y como expertos soldados, se dan cuenta de cuán difícil será defenderla. Para fortificarla deberán gastar sumas ingentes y lo que está sucediendo en Europa no favorece sus intereses económicos. En pocos años han perdido las posesiones de Alemania e Inglaterra y la Reforma y el cisma han creado graves problemas en la caja del Tesoro Común.

La peste, mientras tanto, obliga a los Jerosolimitanos a abandonar Viterbo. El 15 de junio de 1527 se reúnen en Corneto, una población poco distante, pero también el nuevo refugio se demuestra inseguro. Después, el 14 de noviembre, la flota echa anclas en el puerto de Niza acogida por el duque Carlos III de Savoia. Es la tercera sede después de Rodas en la cual los caballeros permanecen por dos años en espera de sucesos.

Los embajadores, mientras tanto, prosiguen su labor, y en el curso del año de 1528, Frey Antonio Bosio lleva finalmente al Gran Maestre la noticia de que el emperador Carlos V ha decidido aceptar las solicitudes presentada por el Capítulo General en mayo de 1524: el emperador concede Malta desgravada de cualquier obligación de fidelidad, pero insiste en que se junte a la donación de la fortaleza de Trípoli. Un reglado del cual la Orden prescindiría con gusto.

La espera fecha llega, finalmente, el 23 de marzo de 1530. A un mes de su solemne coronación en San Petronio de Bolonia, durante un descanso en Castelfranco Emilia, Carlos V firma la bula con la cual asigna la isla a la Sacra Milicia. El emperador acepta las condiciones y entre una misa y un halcón, elige este último. Un tiempo más aún y el 26 de octubre, el Gran Maestre desembarca en Malta y toma posesión solemnemente. Siete, interminables años, han transcurrido desde el momento en que, en una gris mañana invernal, los Jerosolimitanos dejaron Rodas. Para los Caballeros de San Juan de Jerusalem llamados de Rodas y también llamados de Malta, se inicia otra fase importante de su trayectoria histórica.

En Malta

*A*rida, pedregosa, casi privada de vegetación, Malta pone de inmediato a dura prueba la tenacidad y el espíritu de sacrificio de sus nuevos propietarios. Modestos los recursos naturales, mediocres las condiciones de la defensa. El primer balance que los Sanjuaninos se ven obligados a hacer de su nueva patria es descorazonador, pero durante los dos siglos de permanencia en Rodas han adquirido una mentalidad marinera e insular y la larga experiencia no deja de sugerir soluciones a los numerosos problemas.

Único elemento positivo, las condiciones de la costa: dos ensenadas muy amplias y profundas pueden recibir numerosas naves de notables dimensiones y tonelaje. Dos puertos que se hallan de inmediato en capacidad de ofrecer un refugio más que adecuado a la flota, permitiéndole maniobrar con facilidad. Una cuestión determinante la que se refiere a los navíos de guerra, si se considera que, sobre todo en los primeros tiempos, también la defensa de la isla será confiada a la escuadra porque, en caso de ataque, las fortificaciones disponibles no constituirían un obstáculo consistente.

Innumerables las empresas cumplidas en los años que siguen. Un período durante el cual la Orden parece adquirir siempre más conciencia del papel que está llamada a desempeñar y las acciones de sus capitanes van a enriquecer la historia no solo por la importancia militar de episodios individuales, sino porque ellos testimonian cuán constante fue el empeño de todos sus miembros en el cumplimiento de sus obligaciones institucionales.

Desde los primeros meses se había comenzado a trabajar sin descanso y si desde un punto de vista estratégico la isla tenía una posición de gran valor, pese a los esfuerzos que se habían hecho no se alcanzaba a fortificarla del todo. Era de maravillarse que los turcos no hubiesen hecho hace tiempo su base y la única respuesta plausible a tal consideración, era la absoluta convicción de la Medialuna de no tener rivales en el Mediterráneo. Inútil, por tanto, comenzar una empresa tan costosa y compleja como aquella que los Jerosolimitanos se estaban preparando a cumplir.

El 21 de julio de 1547, mientras las naves se hallaban ocupadas en una misión, el corsario Dragut, uno de los más hábiles y temibles capitanes turcos, impulsó su audacia a desembarcar en la isla con un grupo de soldados y a capturar trescientos malteses. Difícil establecer si se trató de un gesto de coraje o de una acción demostrativa. La empresa de Dragut estaba en cualquier forma indicando que, aunque empeñado en aquellos años en conquistar Europa del Este, el Islam no renunciaba a considerarse dueño del Mediterráneo y a advertir al eterno enemigo que Malta no dejaba de ser un objetivo contra el cual pronto dirigido su artillería.

Muchos otros pasos, con los cuales Solimán y sus almirantes dejaron claramente entender fue que, tarde o temprano, también Italia habría entrado en sus programas de conquista. En 1550 Massa y Sorrento son asaltadas y saqueadas y varias veces en los años sucesivos,

naves musulmanas remontan la corrientes del Tíber, avanzando hasta casi las puertas de Roma.

Pero en los primeros meses de 1564 las noticias que llegan de Constantinopla indican que Solimán está a punto de lanzar sus armadas en una nueva y grandiosa empresa. El viejo sultán posee un imperio inmenso, pero tiene ahora un proyecto que realizar: conquistar Roma, la capital de la cristiandad. Un sueño que no osa confesarlo ni a sí mismo, pero que lo obsesiona hace tiempo. Y entre la manzana roja como llaman los turcos a la Urbe y su cimitarra, hay ya solamente la isla de los caballeros: una base de la cual los Sanjuaninos pueden hacer salir sus naves para cumplir veloces y mortíferas incursiones. Una armada que tuviere por objetivo Italia no podría dejar a las espaldas aquella base sin correr el grave riesgo de verse cortados sus reabastecimientos. Una fortaleza que debe ser, pues, conquistada: una ocasión para eliminar de una vez por todas, a los Jerosolimitanos.

Incapaces de encontrar un acuerdo, permanentemente divididos por intereses y celos de varios géneros, las potencias cristianas no escuchan las exhortaciones del papa Pío IV que expresa muchas veces y con energía, su preocupación ante el inminente peligro.

El esfuerzo organizativo que el imperio turco está afrontando es excepcional y demuestra que Constantinopla está preparando una guerra larga y difícil. En las diferentes regiones del imperio se efectúan grandes reclutamientos de hombres y las cifras acerca de las naves en preparación son impresionantes. Todo hace considerar plausible la hipótesis de algunos observadores, según la cual Malta podría constituir un falso objetivo mientras la armada musulmana estaría en realidad por hacerse a la vela hacia Italia.

Cualesquiera que fueran las inmediatas intenciones de Solimán, era en todas formas cierto que, una vez caída la isla de los Sanjuaninos, dirigiría su mirada hacia la península.

Los ruegos de Pío IV fueron desoídos. En el consistorio del 23 de febrero de 1565, el Pontífice se dirige con acento acongojado a los embajadores a fin de que hagan conocer a los respectivos soberanos la gravedad de la situación. Pero aún esta solemne y oficial exhortación no lleva a ningún resultado mientras los eventos se precipitan. Pocos días después, en la mañana del 22 de marzo, sobre el muelle principal del Cuerno de Oro, Solimán el Magnífico recibe el homenaje de la más grande armada que jamás hubiera puesto en el mar en el curso de su larga carrera de caudillo. Antes de embarcarse, millares de hombres le juran fidelidad hasta la muerte y en las capitales europeas alguien comienza a pensar que se ha sobrevaluado la amenaza que proviene del Oriente.

Pero si los gobiernos de las potencias cristianas se desinteresaron del peligro, los detalles acerca de la inminencia del ataque eran conocidos hacía tiempo por Juan Parisot de La Vallette, cuadragésimo noveno Gran Maestre de la Religión. Nacido en Tolosa en 1494 de antigua y noble familia provenzal, este valeroso soldado ha dedicado la vida al sanjuanino y ha sido protagonista de algunos entre los más importantes sucesos de la Orden. Caudillo de gran experiencia, está considerado como uno de los más audaces capitanes de su tiempo. Político atento y sagaz, ha mantenido relaciones con todos los soberanos europeos, aun no siendo factible el proyecto, tantas veces discutido, de una alianza entre los estados cristianos que afronte al común enemigo de manera radical. Cree menos aún en la posibilidad de que alguien venga a ayudarle a él y a sus compañeros en el

momento de peligro. Tiene 28 años cuando vive la dramática experiencia del asedio en Rodas. Está convencido de que de Europa llegarían naves y armas para socorrer a los Caballeros empeñados en una batalla combatida en nombre de toda la Cristiandad. Pero pasan los meses y ninguna vela aparece en el horizonte, mientras día a día ve morir a sus compañeros. Una desilusión que influirá mucho en su ánimo: la indiferencia de Occidente ha mortificado su espíritu caballeresco, induciéndolo a dudar de las promesas.

Este es el hombre que Solimán tiene al frente. Mientras escruta el mar desde el fuerte San Elmo, el viejo Gran Maestre torna con el pensamiento a los sufrimientos padecidos, a las humillaciones soportadas, a las victorias logradas en nombre de la Sacra Milicia. El encuentro en el cual está por entregar todos los residuos de energía es el último de su vida. Y es esta certeza la que le vuelve invencible. No obstante los esfuerzos, le ha faltado el tiempo para transformar Malta en una fortaleza imposible de tomar, pero ha dispuesto lo necesario para hacer lo más ardua posible la conquista.

Si puede tener alguna pesadumbre por el estado de las obras militares, Juan Parisot de la Vallette está, empero, satisfecho de su servicio de información. Hace tiempo, en efecto, había enviado a Constantinopla a algunos Caballeros con el encargo de proporcionarle continuas informaciones acerca de los movimientos y las decisiones de Solimán. Verdaderos y propios agentes secretos, aquellos hombres se han demostrado de gran utilidad no solo para asegurar noticias, sino para dar audaces golpes de mano.

El 19 de enero de 1565, el Gran Maestre recibe un despacho con el anuncio de que la expedición contra la isla está ya decidida para la primavera. La hora tan esperada ha llegado y Juan de La Vallette envía a los Grandes Priors la orden de movilización de todos los cohermanos en estado de combatir. Sabe que no recibirá ayuda y que podrá contar solo con su gente.

En la mañana del 18 de mayo, cuando un disparo de cañón disparado del Fuerte San Elmo anuncia el arribo de la flota enemiga, sobre los muros hay cuatrocientos setenta Caballeros, mil seiscientos mercenarios italianos y españoles, cinco mil soldados de la milicia maltesa, ciento veinte artilleros y sesenta y siete sirvientes de las piezas. En el bando opuesto quinientas naves y cuarenta mil hombres. Las fuerzas de tierra están a las órdenes del Serraschiere Mustafá, mientras la flota está comandada por el almirante Piali. Entre los dos no corre buena sangre y de su desacuerdo surgirán diversas ventajas para los asediados.

Los turcos, según parece, no quieren perder tiempo. Después de una serie de incursiones en varios sectores de las fortificaciones, deciden embestir San Elmo. Piensan que caída aquella plaza fuerte, toda la isla estará en sus manos. Un grave error de planeamiento estratégico, porque la conquista de la fortaleza costará pérdidas gravísimas y no comprometerá el resto de la defensa.

Desde las primeras fases del asedio, parece claro que los musulmanes confían sobre todo en el número y la fuerza devastadora de su artillería. Veintiséis días durará el bombardeo del fuerte San Elmo. Una aplastante lluvia de proyectiles interrumpida, de tanto en tanto, por tan inútiles cuanto sangrientas tentativas de escalada. El asalto general fijado para la mañana del 16 de junio, se pospone por siete horas. Miles de jenízaros tientan arrollar a un puñado de hombres que se opone a su furia, pero los Caballeros rechazan por dos

veces al adversario, obligándole a replegarse dejando sobre el terreno más de mil muertos. Pero también los Sanjuaninos están también al extremo.



En las murallas de Malta, el Gran Maestre Frey Jean de La Vallette exhorta a los caballeros.

Los cañoneos se siguen días tras día, y el 22 de junio el enemigo prueba suerte nuevamente. En la desesperada tentativa de alcanzar el alto de los muros, los turcos emplean centenares de escaleras por las que trepan estimulados por el ensordecedor redoble de los tambores y por las incitaciones de sus jefes.

Pero aunque torturados por el calor, la sed y las heridas, los defensores logran rechazar a los enemigos embistiéndolos con una avalancha de piedras y de fuego. "No hay municiones y no hay sanjuanino que no esté herido", cuenta un soldado que logra llegar hasta el Gran Maestre, atravesando a nado un brazo de mar.

El 23 de junio, vigilia de San Juan, Patrono de la Orden, es el día de lanzar una nueva ofensiva. Los pocos Hospitalarios supervivientes se confiesan unos con otros y se dan la comunión. Conocen su propia suerte: nadie puede acudir en su ayuda y es inútil esperar la piedad del enemigo.

El último duelo tiene lugar en el umbral de la capilla. Un encuentro que dura pocos minutos. Después, masacrados los últimos adversarios, los otomanos plantan sobre las ruinas de la fortaleza, los estandartes de la Medialuna. El baluarte mejor fortificado de toda la isla está en sus manos ¡Pero a qué precio! Para doblegar la tenacidad de los Sanjuaninos han sido necesarios treinta días de combate, 18 mil disparos de cañón y la vida de seis mil jenízaros. Pesada también la pérdida de la parte cristiana. Ciento siete Caballeros y 1500 soldados han caído.

Pero toda la isla está todavía por conquistar y el heroísmo de los defensores de San Elmo ha galvanizado a los otros soldados de la Cruz. El 30 de junio seiscientos hombres,

comprendidos cuarenta y cuatro Caballeros, llegan de Sicilia. Poca cosa en relación al número de los enemigos, pero su arribo sirve para levantar los ánimos. Sería largo referir y detallar los innumerables actos de heroísmo y las empresas cumplidas por los Jerosolimitanos durante los interminables meses del asedio. Su determinación y su coraje contribuyeron a salvar a la Cristiandad y a la civilización occidental. Hombres provenientes de diversas naciones, dan a Europa, desunida e incierta, el ejemplo de cuán importantes son la fe y un común ideal. En Malta no se estaba desarrollando una de las tantas batallas entre cristianos y musulmanes, sino que se hallaba en juego el prestigio militar de los dos bandos. Una partida decisiva entre la Cruz y la Medialuna.



Vista del Fuerte de St. Angelo, núcleo central del sistema defensivo de la isla de Malta.

El 15 de julio Mustafá lanza un ataque en gran estilo. Espera haber debilitado, con un enésimo e interminable bombardeo, la voluntad de los adversarios y cuenta, una vez más, con la aplastante superioridad numérica de los suyos. Pero los hombres de la Sacra Milicia logran en cambio resistir, mientras los turcos parecen perder, conforme pasan los días, la habitual arrogancia y la seguridad de volver a la patria vencedores.

Nuevas tentativas de doblegar a los asediados tienen lugar el 2 y el 7 de agosto pero, no obstante las pérdidas, los cristianos, sostenidos por las exhortaciones y el ejemplo del infatigable Gran Maestre, tendrán todavía, una vez más, la mejor suerte.

Mustafá no se resigna. Durante todo el mes de agosto sus artillerías vomitarán ráfagas de proyectiles contra los puestos enemigos y las mejores infanterías turcas se dejarán masacrar sin obtener ningún resultado. Furioso y desesperado el Comandante de la armada otomana se juega sus últimas cartas. Su gente está ya desmoralizada y agotada. Y mientras de Sicilia llegan noticias del inminente arribo de refuerzos para los asediados, el tiempo se pone feo. El Almirante Pialí sostiene que el verano está por terminar y que una borrasca imprevista podría sorprender a la flota fondeada en un mar erizado de escollos.

El 23 y el 30 de agosto las últimas tentativas por conquistar el corazón de aquella isla, sobre cuyas playas Mustafá estaba seguro de concluir triunfalmente su carrera de caudillo.

Todo esfuerzo resulta vano. Embarcado el ejército, diezmado y humillado. Los comandantes dan orden de hacer a la vela hacia Constantinopla donde les esperan la ira y la venganza del sultán. El 8 de septiembre, fiesta de la Natividad de la Virgen y las aguas de Malta están por llegar las naves de aquella que será recordada como: *el Gran Socorro*.



Palacio de donde Frey Jean de La Vallette condujo las varias fases del largo sitio.

Sobre los muros, reducidos a un montón de ruinas, flamean los estandartes de la Religión, mientras se concluye una de las páginas más gloriosas de la historia del Occidente cristiano. Los Caballeros de San Juan, de Rodas y de Malta no han solamente derrotado a la armada del Islam, sino que han mortificado la fanática certeza de superioridad de un imperio.

Unos cuantos días más tarde, Juan de La Vallette preparará otro golpe contra Solimán. Los agentes secretos, los mismos que le habían tenido constantemente informado de los movimientos del adversario, incendian el arsenal de Constantinopla. Una empresa que desmoraliza al viejo sultán que se siente, por primera vez, amenazado hasta en la capital de su propio reino.

Pero la victoria no distrae al Gran Maestre y al Consejo de sus deberes. El asedio había demostrado la debilidad de las defensas y era necesario disponer tempranamente. No había que hacerse demasiadas ilusiones: antes o después los turcos regresarían para vengarse de la punzante derrota sufrida.

Desde la llegada a Malta, Juan de La Vallette había pensado en edificar una gran ciudad sobre el altiplano que domina la isla. Una idea que ahora finalmente podía realizar. El encargo de diseñar el proyecto fue confiado al arquitecto Francisco Laparelli da Cortona a

quien el Gran Maestre concedió tiempos muy breves. El viejo soldado tenía prisa de poner su isla en condiciones de resistir el regreso del enemigo y contagiaba también sus ansias a sus más estrechos colaboradores.

Pocos meses después, el 28 de marzo de 1566, en el curso de una solemne ceremonia, el Gran Maestre ponía la primera piedra de aquello que se convertiría en la ciudad que lleva aún su nombre. Ayudado por un discípulo maltés, Gerosalmo Cassar, Francisco Laparelli hará de la capital de Malta un ejemplo de estilo arquitectónico. Surgen nuevos y espléndidos albergues para las diversas Lenguas, palacios e iglesias y, entre éstas la Catedral de San Juan. Malta cambia de rostro: no es ya solamente la fortaleza de los Caballeros sino un espléndido monumento de arte y de fe. El apasionado cuidado de los Sanjuaninos transformará una isla árida e inhóspita en una verdadera y propia joya que aún hoy suscita admiración. A la construcción de La Valletta seguirá la de un nuevo burgo, el arreglo del puerto, la creación de jardines y además, potentes y elegantes fortificaciones. Una obra de embellecimiento que será continuada a lo largo de dos siglos y que testimonia la continuidad de ideales y de propósitos entre los jefes de la Orden que poco a poco se van sucediendo. Entre 1657 y 1660 el Gran Maestre Frey Martín de Redin refuerza las defensas con 14 torres y en los años que van del 1660 al 1680, los Grandes Maestros Rafael y Nicolás Cotoner hacen erigir un formidable complejo fortificado que será conocido como "La Cotonera". El Gran Arsenal de Italia será ordenado por el Almirante Girolano Salvago y cada Lengua contribuirá en la ornamentación y embellecimiento de su propio albergue y en hacer más suntuosa su propia capilla en la Catedral de San Juan, cuyo pavimento, sepultura de la nobleza europea, constituye una obra de gran valor artístico.

Regresando a la crónica, Juan de La Vallette, el heroico vencedor de Solimán, muere el 21 de agosto de 1568. En señal de luto, las obras se detienen por dos días: el tiempo justo para elegir al nuevo Gran Maestre. Es Frey Pedro Del Monte de Piliere, de la Lengua de Italia, que ordena que se reemprenda de inmediato la construcción de la ciudad y con renovado empeño.

Mientras en Malta hierven los trabajos, en el mar se continúa combatiendo. Los turcos recuperan muy pronto su osadía: ocupan Chipre y desde esa isla pueden amenazar fácilmente a todos los estados ribereños. Una nueva insidia que sirve de estímulo a Pío V para convencer al rey de España que ha llegado ya la hora de afrontar con decisión al imperio otomano. Nace una liga en la cual además de España, forman parte la Santa Sede, el duque de Savoia, el granduque de Toscana, Génova, el Reino de Sicilia y la Orden de San Juan.

La batalla tiene lugar en las aguas de Lepanto el 17 de octubre de 1571. Guiados por el Prior de Mesina, Frey Pedro Giustiniani, los Jerosolimitanos están presentes con tres galeras, pero numerosos Caballeros combaten en las naves españolas, pontificias, sicilianas y toscanas. Comanda la Armada Don Juan de Austria, hermano del emperador español. Las naves del Papa están a las órdenes de Marcantonio Colonna, las de la Serenísima a las de Sebastián Veniero y de Agustín Barbarigo, mientras que en el buque insignia de la escuadra genovesa se halla Juan Andrés Doria. A estas fuerzas se unirá la "Escuadra de los Aventureros". Una flota de naves armadas del propio peculio de algunos gentiles hombres deseosos de participar en la empresa. El comandante de la flota, Don

Juan de Austria, confía esta escuadra al conde Vicente Marullo, un patricio mesinés notable por su valor y por su capacidad marinera, propietario de una de las galeras mejor armadas.

El encuentro es durísimo. el frente cristiano cuenta con 243 naves, mientras que en el turco forman 280. Lo comandan el Almirante Alí y el Virrey de Argel, Ulluch Alí.

Sorprendido el enemigo en la madrugada, la flota cristiana avanza en el tradicional orden de batalla: una larga línea cuyo centro está comandado por Don Juan de Austria, el ala izquierda por Sebastián Veniero y por Barbarigo, la derecha por Andres Doria. En el centro, de reserva, sigue una escuadra a las órdenes del marqués de Santa Cruz. Delante de todos, ocho galeazas tienen la tarea de realizar el primer ataque. La flota turca se mueve, en cambio, en una sola línea, sin reservas ni vanguardia. La primera fase del combate resulta favorable a las armas cristianas, pero un error de Doria arriesga comprometer el éxito final del encuentro. Temiendo ser cercado por las galeras de Ulluch Alí, el genovés avanza hacia mar abierto dejando completamente descubierto el flanco izquierdo y creando un paso por el cual el almirante turco se introduce con todas sus naves, embistiendo el centro cristiano, todavía duramente empeñado.

Pero, cortando el camino, se encuentran en aquel sector las galeras de la religión, que a costo de grandes pérdidas y arriesgando ser capturadas o hundidas, logran bloquearles hasta la llegada de la reserva dirigida por el Marqués de Santa Cruz.

Impresionantes las cifras de la derrota musulmana: 100 naves capturadas, 130 han sido incendiadas o echadas a pique, veinticinco mil hombres muertos y ocho mil prisioneros.. Diez mil esclavos cristianos fueron liberados. Herido por cinco flechas, con sus manos todavía marcadas por la dureza de la batalla, Frey Pedro Giustiniani, Prior de Mesina, retorna a Malta el 3 de noviembre. Como botín de guerra lleva consigo dos naves y el placer de haber contribuido, por cuenta de la Orden de San Juan de Jerusalén, a otra victoriosa jornada de las armas cristianas.

Europa se alegra, pero a causa de celos banales, la liga no alcanza a disfrutar del suceso y se disolverá poco después. Chipre permanece en manos de los turcos: un error de Venecia y los Caballeros lo pagarán más tarde a caro precio.

Cultura Hospitalaria

*L*a historia de la Sacra Milicia no es solamente un sucederse de batallas. Por más de dos siglos después de Lepanto, sus naves continuaron recorriendo los mares. Después, hasta la mitad del siglo XVIII, la decadencia del poderío musulmán volverá menos pesadas sus obligaciones militares.

Malta, entre tanto, se vuelve cada vez más un estado que trata a la par con las mayores potencias europeas asumiendo, con el pasar del tiempo, una posición de prestigio y de fuerza que concluirá por crear contrastes de varios géneros y fricciones más o menos graves con la misma Santa Sede.

A la Orden no le faltan además ocasiones para ampliar sus propios territorios. En 1652 para tomar posesión de los bienes de un Caballero que había cuidado por cuenta del rey de Francia la administración de algunas islas de las Antillas, los Sanjuaninos adquieren en América las tierras de San Cristóbal, San Bartolomé, San Martín y Santa Cruz. Para gobernarlas fue enviado Frey Carlos De Galles, pero muy pronto se decidió enajenar aquellas posesiones que habrían terminado por llevar a la antigua institución caballerescas a situaciones de incomodidad política y moral.

La interminable serie de empresas guerreras y el continuo peligro de ser asaltados en su propia isla no habían distraído a los Jerosolimitanos de otro de sus deberes institucionales. Aún en los momentos más difíciles, ellos no olvidaron jamás que eran hospitalarios, Como en Jerusalén, en Tolemaida, en Chipre y en Rodas y en las otras residencias en las cuales se vieron obligados a permanecer después de la pérdida de la Tierra Santa, no habían dejado nunca de crear y administrar hospitales.

En Rodas se puede admirar aún las ruinas de la Gran Enfermería y en Malta lo moderno del edificio destinado a acoger a "los Señores enfermos" suscita admiración y maravilla sea por las dimensiones, por ciertas soluciones que anticipan las modernas técnicas de ingeniería hospitalaria.

No solo tendrán cuidado de fundar hospitales en las localidades de residencia, sino que en cada casa se tendrá siempre dispuesto lo necesario para que los viajeros y peregrinos encuentren asistencia. Cada hospicio tenía una base económica y era administrado por un grupo de Jerosolimitanos bajo la guía de un Preceptor o de un Comendador. Un cierto número de Encomiendas constituía un Bailazgo, que se hallaba bajo la jurisdicción de un Balí, mientras que los agrupamientos más importantes formaban un Priorado o un Gran Priorado. La Religión llegaría a contar en Europa con 22 Priorados y esto le permitiría disponer de una verdadera y propia red de albergues, de Inglaterra a Sicilia, de Francia a Austria, una organización vasta y compleja que absorbería buena parte de los recursos de la Orden y que estaría presidida por los Hospitalarios. Este era uno de los encargos más importantes que, con el tiempo, sería confiado al Pilier de la Lengua de Francia.

Al inicio del Siglo XVIII, en el hospital de Malta actuaban tres protomédicos, tres cirujanos, varios médicos y enfermeros. La asistencia a los enfermos era de competencia de los propios Caballeros a los cuales, sobre todo durante el noviciado, se les confiaba en turnos esa obligación.

En la atención de todo aquello que se refiere al cuidado y la prevención de las enfermedades, los Sanjuaninos la aplicaron también a su flota. En una época en la que las condiciones higiénicas, no solo a bordo de las naves, se hallaban bastante descuidadas, los buques Sanjuaninos fueron siempre un ejemplo de limpieza; y era inevitable que la Orden terminase ocupándose de la sanidad también a nivel científico.

En 1664 el Gran Maestre Frey Nicolás Coroner fundaba en el Gran Hospital una escuela médica y llamaba a dirigirla a José Zammit, una luminaria de su tiempo, mientras Frey Antonio Zondadari, Gran Maestre de 1720 a 1722, autorizará las primeras lecciones en cadáveres. Su sucesor, Frey Manuel de Villena, consentirá al cirujano Henín a usar cadáveres para realizar experimentos con sus estudiantes. Y cuando en 1769 el Gran Maestre Manuel Pinto da Fonseca funda la Universidad, muchos ilustres médicos europeos serán llamados a enseñar. Será un Gran Maestre, a Medios del Siglo XVIII, quien graduará a la primera mujer médico y le consentirá ejercer la profesión de "cirujano".

Como buenos marineros los Jerosolimitanos dedicaron a los ojos y a la vista particulares atenciones. Será un maltés, José Bart, médico y científico, quien funda, en 1765, la primera cátedra de oftalmología en el mundo. Además de atención a los estudios de medicina, se darían gran impulso a la farmacopea y las galeras Sanjuaninos serán las primeras en tener en sus propias tripulaciones un médico y un farmacéutico.

El cambio de los tiempos imponía, entre tanto, nuevas estrategias y nuevas obligaciones. En 1775 es elegido Gran Maestre Frey Manuel de Rohan. Francés, político y administrador atento, demostrará ser también un legislador capaz. Sería, en efecto, el autor del Código que lleva su nombre y que todavía hoy constituye una preciosa y preciosa fuente de derecho melitense.

De Rohan reorganizará la escuadra naval e instituirá en la Universidad las cátedras de Náutica y de Matemáticas. De hace tiempo Malta se había vuelto meta de jóvenes aristocráticos provenientes de todas partes de Europa, que aspiraban convertirse en oficiales de marina. La escuela de Caballeros constituirá una suerte de academia de la cual salían los mejores comandantes y futuros almirantes. Francia, sobre todo, confiará a los Sanjuaninos la formación de los cuadros de la propia marina de guerra.

Pero el viento del iluminismo y la tormenta revolucionaria que trastorna Francia, terminan por obligar a la Sacra Milicia a renunciar a aquella política de neutralidad que le había tenido siempre a la defensiva frente a los contragolpes originados en las diversas vicisitudes europeas. En 1794 los Estados Unidos ofrecen su protección a la Orden, proponiéndole asegurarle un territorio en América, pero todo queda a nivel de proyecto. También Rusia, Francia e Inglaterra se interesan en la Isla de los Caballeros si bien sus intenciones no son para nada benévolas. Los nuevos equilibrios internacionales la vuelven, en efecto, siempre más importante desde un punto de vista estratégico.

El Gobierno no ignoraba, ciertamente, los peligros con los que tendrían que enfrentarse, si entraba abiertamente en la zona de influencia de una determinada nación, pero la situación exigía decisiones y el emperador Pablo I de Rusia entabló tratativas secretas con el Gran Maestre de Rohan para obtener un concordato que habría puesto al Hospital y a su territorio bajo el protectorado de Rusia. El tratado, suscrito en Petersburgo en enero de 1797, sancionaba una serie de relaciones existentes hacía ya tiempo; tanto Pedro el Grande como la Gran Catalina, habían buscado, en efecto, acercarse a los Jerosolimitanos. Estipulado el acuerdo, el soberano pretendió la creación de un Gran Priorado ruso. Fue el precio de la alianza y el Gran Maestre se vio obligado a ceder.

Frey Fernando von Hompesch, un Caballero de origen alemán, sucede en 1797 a Manuel de Rohan. Su elección hace esperar una mayor protección de parte de Austria, pero induce a Francia a prever una influencia austriaca en la suerte de la Orden.

Ni Austria ni Rusia lograrán salvar a Malta de Napoleón. El futuro emperador de los franceses no puede consentir que otras potencias dispongan de una base naval de aquella importancia y decide adueñarse de ella por la fuerza. La suerte, además, estaba de su parte. La nave que transporta el pliego con los despachos que el Zar enviaba al Gran Maestre con los términos del acuerdo secreto, es capturada por un navío francés a la altura de Ancona y los documentos terminan en manos del general corso. Napoleón se manifiesta indignado y acusa a la Orden de connivencia con Rusia, denunciando una verdadera y propia coalición que se estaría formando contra él.

Decidido ya a posesionarse de la isla, ordena al almirante Francisco Pablo de Bruyes, que conducía de Corfú a Tolón los buques requisados a la República de Venecia, de forzar el bloqueo y ocupar el puerto de La Valletta. Pero el Gran Maestre reacciona con firmeza e impide que el plan de Bonaparte se ejecute. Al anochecer del 10 de junio de 1798 la flota francesa, en viaje hacia Egipto, se presenta delante de Malta. Napoleón pide al Gran Maestre autorización para entrar en el puerto para reabastecer de agua a sus buques. La respuesta de von Hompesch no se hace esperar: quiere que se respete la neutralidad de la Orden y replica que en base al tratado de Utrecht, en tiempo de guerra entre estados cristianos, solamente cuatro naves a la vez pueden ser recibidas en los puertos malteses.

Napoléon no se deja impresionar y en una proclama a las tropas anuncia sus intenciones: "El Gran Maestre nos niega el agua que necesitamos - afirma indignado Bonaparte - mañana, al despuntar el día, la armada desembarcará en toda la costa accesible para ir a tomarla".

Para los Sanjuaninos son horas dramáticas. A sus espaldas, 1400 piezas de artillería están listas a hacer fuego y el Gran Maestre tiene a sus órdenes 332 Caballeros. Dispone, además, de 1200 hombres del Regimiento de Malta, 300 del batallón de desembarco de las galeras, 400 del de los buques, y la milicia maltesa puede poner en pie 12 mil soldados. Se podría tentar una defensa y aún con esperanza de éxito, pero esto sería una decisión contraria a la Regla: levantar las armas contra otros cristianos.

Se ha hablado de incapacidad y debilidad de parte del Gran Maestre von Hompesch; algunos han insinuado una traición de los Caballeros franceses presentes en aquel

momento en Malta, pero es difícil expresar juicios definitivos sobre una situación tan compleja y no hay muchos elementos para sostener una de esta tesis.

En una visión optimista de la historia, la aparición en la escena europea del astro de Napoleón Bonaparte podría ser considerada, desde luego, providencial. La Soberana Orden Militar de San Juan de Jerusalén, llamada de Rodas y llamada de Malta, tenía ya agotada su misión militar y, en época de exasperados nacionalismos, también en su interior comenzaban a manifestarse contrastes e incomprensiones entre los miembros de las diversas Lenguas. El cambiar de los tiempos y una cierta inmovilidad, iban ya empañando el antiguo esplendor de la Sacra Milicia. Fernando von Hompesch ordena a los suyos no reaccionar y los franceses saquean la isla.

El destino de la Orden se cumple en la mañana del 12 de junio de 1798, el 24 prairial del año VI de la república francesa. A bordo del buque Orient, una diputación de siete Sanjuaninos trata de la rendición con Napoleón firmando una "Convención" compuesta de ocho artículos. Pocas palabras. Un documento en doble copia, para dar fin a los 268 años de historia. Tantos habían transcurrido, en efecto, desde aquel 26 de octubre de 1530, en que Frey Felipe de Villiers de l'Isle-Adam, el heroico defensor de Rodas, había tomado posesión de la isla de las abejas. Dos siglos y medio durante los cuales los Sanjuaninos habían dado innumerables ejemplos de abnegación, socorriendo hombres y naciones, príncipes y ciudades y ofrendando a la causa de la cristiandad un altísimo tributo de sangre. Más allá de formales e inútiles protestas de varios gobiernos, ninguno parece preocuparse de cuanto está sucediendo. Ingrata como siempre, Europa se interesa solamente en definir a quién deberá pertenecer aquel escollo puesto en el centro del Mediterráneo.

En Exilio

Exiliado en Trieste donde establece, bajo la protección del emperador de Austria, la sede provisoria de la Orden, Frey Fernando von Hompesch envía a las grandes potencias una protesta por la traición de Napoleón. El general ha violado abiertamente la neutralidad de Malta y les afirma que retendrá siempre válida su soberanía en la isla que le ha sido sustraída por la fuerza. Protestó también por el atropello el rey de Nápoles y Sicilia, pero todo quedó como antes. Sin embargo, el comportamiento de los franceses inducirá bien pronto a los malteses a rebelarse permitiendo así la intervención de las potencias europeas. El comando de las operaciones estará a cargo de los ingleses que, finalmente, ocuparán y se adueñarán de la isla.

Mientras tanto, como era fácil prever, la pérdida de Malta tuvo fuertes repercusiones entre los miembros de la Orden. Los Caballeros del Gran Priorado de Rusia y los polacos declararon depuesto a von Hompesch y el 7 de noviembre de 1798 eligieron Gran Maestre al Zar Pablo I. Una situación que puso a la Santa Sede en gran dificultad. El Pontífice romano no podía aceptar que un solo Gran Priorado, en forma absolutamente contraria a cualquier regla canónica depusiese al jefe de la Orden de San Juan antes de que el predecesor hubiere abdicado. A esto se añadía que, además de no ser católico, Pablo I era casado. Pío VI se negó enérgicamente a reconocer al soberano como Gran Maestre a pesar de que, amenazado por Napoleón, veía en el imperio ruso un posible aliado.

Entre tanto, convencido por la corte de Viena de que la ayuda rusa era necesaria, el 6 de julio de 1799 abdicaba von Humpesch. Un paso importante porque aunque no "de jure", Pablo I se convertía en Gran Maestre "*de facto*".

Aunque ortodoxo, el zar respetó la catolicidad de la Orden bajo todos los aspectos y en un momento histórico muy confuso y difícil como fue el provocado por las guerras napoleónicas concluyó por salvar la continuidad histórica de la Milicia de San Juan.

Pero en la noche entre el 11 y 12 de marzo de 1801, Pablo I fue muerto en el castillo de Michajlovskij en Petersburgo. Aunque asegurando a la Orden su protección, el hijo, Alejandro I, no reclamó para sí el Gran Magisterio y para elegir al sucesor del Padre, propuso que cada Lengua designara de su seno algún candidato para someterlo al Pontífice, a quien reconoció el derecho de designar al Gran Maestre. Un procedimiento insólito que, dada la situación, fue aceptado también por los firmantes del tratado de Amiens (1802) que había previsto, entre tanto, la restitución de Malta a los Caballeros.

El 9 de febrero de 1803, Pío VI designó Gran Maestre a Frey Juan Bautista Tommasi al cual, desde San Petersburgo, el Zar le remitió las insignias que fueron de su padre. Fijada la residencia en Mesina, como primer acto Tommasi encargó a su Lugarteniente establecer, con los representantes de las potencias europeas, el procedimiento para la devolución de la isla. Las esperanzas de los Jerosolimitanos de volver a su antigua patria demostraron muy pronto ser vanas. Con el tratado de París de 30 de mayo de 1814, Malta

fue definitivamente asignada a la Gran Bretaña y de nada valieron los reclamos y las protestas de los delegados de la Orden en los Congresos de Viena y Aquisgrán. Vana también la tentativa hecha por el Congreso de Verona de obtener cualquiera otra isla.

En 1805 murió en Catania, donde se había transferido el convento, el Gran Maestre Tommasi. A causa de los eventos bélicos los representantes de las diversas Lenguas no lograron reunirse y el Papa autorizó al Consejo Completo elegir, de acuerdo a las normas de las Constituciones, un Lugarteniente del Gran Maestre.

Todavía años difíciles en búsqueda de un arreglo decoroso. Pero finalmente, después de un breve paréntesis en Ferrara, en 1834 el Lugarteniente Frey Carlos Cándida, elegía el antiguo palacio Malta, en Roma, que había sido la residencia del representante de la Religión ante el Romano Pontífice.

Después de tanto peregrinar, los Hospitalarios arribaban a la capital de la cristiandad, encontrando la solución más lógica a sus numerosos problemas. La mayor parte de los Priorados ya no existía y centenas de Caballeros estaban dispersos, sin guía, en varias naciones. Era necesario reorganizar lo más pronto sus acciones y demostrar la vitalidad de una institución que, aunque no dispone de un territorio, continuaba siendo reconocida como ente soberano por las potencias europeas. Una larga y compleja labor de reconstrucción, esperaba a los hombres de la blanca Cruz Octágona, que habían tenido que afrontar, una vez más, años de fatigas y de trabajos. Pero, como en Rodas y en Malta, también en la Ciudad Eterna los hijos de San Juan sabrán levantar el glorioso estandarte de la "Sacra Milicia" y reemprender en el difícil camino en la historia.

En Roma

*L*a obra de reconstrucción se inicia con una no fácil serie de contactos con los Caballeros que, por diversas razones, habían terminado por no tener relación alguna con el Gran Magisterio. Un primero e importante suceso hacia el retorno a la normalidad había sido obtener, ya en 1816, el resurgimiento del Gran Priorado de Roma: Italia era ya la nación destinada a hospedar la sede de la Orden y era tanto más oportuno restablecer los organismos melitenses correspondientes.

Gracias a Austria, que no había nunca cesado de reconocer a la Sacra Milicia como ente soberano y que siempre se había demostrado disponible a intervenir su defensa, en 1839 se restableció también el Gran Priorado de Lombardía y Venecia, logrando recuperar las antiguas propiedades en el Véneto. No fue posible una operación igual en Lombardía, donde los bienes existentes habían sido enajenados por Napoléon. En el mismo período retoma la actividad el Gran Priorado de Nápoles y Sicilia.

También en otras naciones la obra de reorganización alcanzaba resultados muy positivos. Para renovar y potenciar las estructuras periféricas, se decidió la abolición de las antiguas Lenguas y la creación de las Asociaciones Nacionales de Caballeros. La primera en fundarse fue la alemana en 1859, seguida en 1875 de la británica y en 1877 de la italiana.

La voluntad y el empeño demostrados en tiempos en los cuales, aparte de todo, los ideales caballerescos no eran ya demasiado actuales, indujeron al Papa León XIII a complacer el deseo de los Sanjuaninos y a consentirles elegir un Gran Maestre, cargo vacante desde el lejano 1805. El 28 de mayo de 1879, el Pontífice firmaba la bula que autorizaba la elección y, al supremo cargo, era llamado el entonces Lugarteniente, Frey Juan Bautista Ceschi a Santa Croce.

Otras asociaciones nacionales entran bien pronto en actividad, asegurando importantes contribuciones: en 1886 nace la española, en 1891 la francesa y en 1899 la portuguesa. Poco a poco, con el pasar del tiempo, todos los países en los que se hallan presentes grupos de Caballeros darán vida a su propio organismo asociativo hasta llegar en el año 2005 a las actuales cincuenta y seis. En el ámbito de cada ordenamiento jurídico territorial, la asociación recibe un tratamiento particular que depende, sustancialmente, del tipo de relación existente entre el Estado interesado y el gobierno Sanjuanino. Desde su fundación, la Asociación de Caballeros Italianos (Acismom), obtiene una serie de importantes reconocimientos que ratifican aquellos otorgados por Italia a la Orden.

Como las otras cohermanas europeas, la Asociación de Caballeros Italianos de la Soberana Militar Orden de Malta desarrolla su actividad institucional en el campo asistencial mediante la creación, la organización y la gestión de iniciativas tales como hospitales, casas de salud, clínicas, asilos, repartos sanitarios, ambulatorios, centros antidiabéticos y laboratorios de análisis.

Fieles a la vocación hospitalaria pero sin olvidar el glorioso pasado, al momento de su fundación la Asociación quiso dar vida, con una serie de convenciones estipuladas con el Ministerio de Guerra y, sucesivamente, con el Ministerio de Defensa, a un Cuerpo Militar que se emplearía en servicios de asistencia en casos de conflicto o de calamidades naturales.

A los Caballeros no les faltarán ocasiones para demostrar la eficiencia de este organismo. En 1908 el terremoto de Mesina ocupa por primera vez el Cuerpo Militar que responde con gran empleo de hombres y medios.

En 1911, con ocasión de la guerra ítalo-turca, la ACISMOM moviliza el Cuerpo Militar y en breve tiempo apronta y equipa la nave hospital "Reina Margarita" que, a lo largo de siete viajes, durante los cuales toca los puertos de Trípoli, Derna, Bengasi y Tobruk, repatriará 1162 soldados heridos y enfermos.

También el primer conflicto mundial encuentra a la organización melitense en primera línea. Desde el inicio de las operaciones, cuatro trenes con capacidad de 306 camas cada uno, llenan el vacío de los hospitales en las zonas de guerra. Cuatro convoyes aseguran asistencia también a los cuerpos expedicionarios franceses e ingleses en Italia y al cuerpo expedicionario italiano en Francia. En el curso de 641 viajes los trenes recorrerán 483.948 kilómetros transportando 58.784 heridos y 62.232 enfermos. Por más de cuarenta meses, ocho puestos de socorro, situados en las posiciones más avanzadas del frente, constituirán los puntos de referencia de una asistencia que contará, al final de las hostilidades, 87.390 prestaciones. Cifra tanto más elocuente si se añade que la ACISMOM organizó y dirigió, en el mismo período, también dos hospitales.

En 1940 la Asociación de Caballeros Italianos moviliza todos los servicios sanitarios y pone a disposición del ejército dos hospitales, algunos puestos de primeros auxilios y tres convoyes ferroviarios. Realizará setenta y nueve viajes en Italia, Croacia, Alemania y Polonia, transportando 23.187 los heridos transportados. Un cuarto tren, organizado por el cuerpo expedicionario italiano en Rusia, devuelve a Italia 2.552 personas entre heridos y enfermos italianos. Novecientos soldados en retirada bajo una fuerte tormenta de nieve, serán puestos a salvo por el convoy durante uno de los últimos desplazamientos.

El armisticio del 8 de septiembre de 1943 obliga a la ACISCOM y a su Cuerpo Militar a intervenir, no solo en la zona de operaciones, sino en el territorio nacional sacudido por la guerra civil y en las regiones liberadas. Se amplían los hospitales ya existentes en Roma y Nápoles. En los meses siguientes al armisticio, entran en funciones en la Capital dos nosocomios, otros tantos surgen en Turín y otros dos en Milán.

Innumerables los Centros de asistencia abiertos en aquellos dramáticos días. Tan solo en la ciudad de Roma fueron 34 y para hacer frente a una tan vasta organización, el Cuerpo Militar reclutará centenares y centenares de jóvenes quienes, gracias a las particulares prerrogativas de que gozaba el Cuerpo Militar de la Acismom, serán de esta manera sustraídos a la captura o a los campos de trabajo.

Entre tanto, mientras Italia era liberada poco a poco, se procede a crear y organizar hospitales para la asistencia de los heridos y ex prisioneros de guerra. Una medalla de oro

al Mérito de la Salud, una medalla de plata al Valor Militar, dos de bronce y otros numerosos reconocimientos decoran el lábaro de la Asociación italiana.

La ACISMOM que desde 1986 ha vivido, por voluntad del Gran Maestro Frey Angelo de Mojana, una nueva era de reiniciación, cuenta hoy con numerosos puestos sanitarios, el más importante de los cuales es el Hospital de San Juan Bautista de la Magliana, especializado en la neurorehabilitación. Estructura especializada entre las pocas existentes en Italia, está a la vanguardia tanto en el cuidado de los enfermos, como en la investigación en ese sector. Un complejo en el que la evolución ha sido constante preocupación de la Receptoría del Tesoro Común del Gran Magisterio, la que ha asistido a los diversos Comisarios que se han sucedido, promoviendo una inversión de cuatro mil millones de euros de parte de la Fundación Pergami Belluzzi Baldi. Una Fundación, hoy más que nunca presente en el Hospital San Juan Bautista de la Magliana, que ha querido dedicar a su nombre, los laboratorios de análisis y el departamento de imágenes recientemente creado.



Un ala del Hospital San Juan Bautista en Magliana (Roma)

La Asociación de Caballeros Italianos dispone, además, de numerosos centros antidiabéticos y, siempre en Roma, administra en la vía Bocca di Leone, en el propio Palacio Maestral, un Poliambulatorio con el cual tienen relación numerosas organizaciones sanitarias. Desde hace tiempo, en fin, el Gran Priorado de Roma ha dado vida a algunos centros para la recolección de medicinas y para la asistencia a los ancianos. Últimamente el Gran Priorado ha desarrollado en su territorio su actividades en favor de los necesitados.

Pero volviendo a las intervenciones efectuadas con ocasión de guerra y calamidades naturales, los Caballeros italianos y de otras naciones europeas acudieron a Hungría en 1956 en los días de la revolución y de la sucesiva ocupación soviética. Se efectuaron intervenciones en Polesina afectada por las inundaciones, en Belice, en Friuli y en Irpinia, en donde se empleará, con óptimos resultados, también el Cuerpo Italiano de Socorro (CISOM), un organismo de empleo urgente al que muchas Asociaciones habían adherido desde hace tiempo. El CISOM es parte de la organización de protección civil italiana.

En Vietnam, finalmente, han estado presentes los hospitales de campo de la Asociación de Caballeros alemanes, y al largo y sangriento conflicto tampoco ha sido ajena la blanca Cruz Octágona, la que han tenido varias bajas.

La actual organización de la Soberana Militar Orden de Malta no es muy diferente, en sustancia, de aquella de los primeros siglos. La Soberanía es ejercida por el Príncipe y Gran Maestre que gobierna con el Soberano Consejo compuesto por cuatro altos cargos: el Gran Comendador, el Gran Canciller, el Hospitalario y el Recibidor del Tesoro Común. A estos se agregan seis Consejeros electos por el Capítulo General: la asamblea suprema de los Caballeros convocada normalmente cada cinco años para elegir a los miembros del gobierno. El Consejo Completo se reúne, en cambio, para la elección del Gran Maestre. Las dos asambleas están compuestas de representantes de los Grandes Priorados, de los SubPriorados y de las Asociaciones Nacionales. El Gran Maestre tiene el título de Eminencia y de Alteza o de Alteza Eminentísima y es universalmente reconocido como jefe de estado al que corresponden honores soberanos.

El Sumo Pontífice designa, como su representante ante la Orden, a un Cardenal, el que tiene el título de Cardenal Patrono y que es asistido por el Prelado de la Orden, también éste designado por el Santo Padre. El Prelado es el superior eclesiástico del clero de la Orden y asiste al Gran Maestre en cuanto concierne a la espiritualidad.

La vida y las actividades están reguladas por la Carta Constitucional y por el Código mientras que, eventuales cuestiones jurídicas de particular relieve, son sometidas al parecer de un órgano técnico consultivo denominado Consulta Jurídica. Para las controversias no atinentes al Derecho Canónico y al Foro Eclesiástico, la Orden dispone de Tribunales propios de Primera Instancia y de Apelación, cuyos magistrados son nombrados por el Gran Maestre y por el Soberano Consejo. Los recursos contra las sentencias de segundo grado son remitidos a la Corte de Casación de la Ciudad del Vaticano que en este caso desarrolla, por delegación de la Orden, funciones de Tribunal Supremo. Una Cámara de Cuentas, en fin, efectúa el control en materia económico-financiera.

Estructuras y organismos que, sin bien inspirándose en las antiguas disposiciones, permiten la moderna gestión de una realidad estatal tan compleja y singular.

La Orden mantiene relaciones diplomáticas, con intercambio de embajadores, con noventa y cuatro estados, muchos de los cuales no son católicos. Seis representaciones oficiales ante otros estados europeos. Dieciocho observadores permanentes y representaciones ante las Naciones Unidas, la Comisión de la Unión Europea y numerosas organizaciones internacionales

La gran tradición de caridad de la Orden de Malta se renueva diariamente en sus hospitales, clínicas y centros de asistencia en más de 120 países; a través del compromiso de sus 12.000 miembros, 80 voluntarios permanentes, 11.000 médicos y paramédicos; con las iniciativas de sus 10 Priorados y 46 Asociaciones nacionales. Más aún con el Malteser International, el cuerpo de socorro que, desde hace medio siglo, presta sus servicios en las grandes emergencias: desastres naturales, epidemias o conflictos armados. Rutinaria o extraordinaria, la misión sigue siendo la misma. Al igual que los beneficiarios: ancianos, discapacitados, refugiados, sin techo, enfermos terminales, leprosos, niños o tóxico dependientes.